

2. El Arco de aquella victoria

Respecto a nuestra Memoria Histórica, mientras en esta España sigan quedando bajo nuestras calladas cunetas tantos de nuestros rojos asesinados, preocuparse por un monumento inspirado en el más puro fascio triunfal puede parecer una veleid. Pero no nos deben faltar fuerzas para reivindicar justicia en otros frentes.

Así, Arco de la Victoria, le sigue llamando nuestro ayuntamiento madrileño tan del PP. Evidentemente, se trata de su victoria y se permite añadir, como segundo insulto, el mismo palabro a la avenida que lo rodea. Ni se conforman con adaptarlo a “de la Moncloa”, como le llaman tantos lugareños, y que disimularía un poquito.

Pero no, como en aquella Roma Imperial, sus grandes epopeyas y protagonistas debían ser recordados para siempre. El monumento, cuanto más voluminoso y difícil de remover, mejor garantizaba la necesaria ejemplaridad para mantener el respeto y admiración de los pueblos sometidos.

Todo esto me transporta a aquellos tiempos sombríos, de constantes autohomenajes entre quienes se repartían el botín de nuestra Guerra Civil, repletos de tanta inauguración y tanta hostia consagrada. Creíamos que quedaron atrás, pero sombras parecidas vuelven a planear y hasta parece que, si nos descuidamos un poco más, puede que pronto tengamos que buscar casi las mismas respuestas de antes. ¿Vamos hacia unas Españas en las que todavía habría que tragar nuevos Arcos?

Y una sombra bien extensa es la que proyecta esa mole de casi cuarenta metros de altura, clavada otros dieciocho más abajo, a la entrada de nuestra villa. En el lugar, que ya había sido un gran vertedero, vertieron finalmente en 1956 otra de sus patrañas contra nuestra verdad histórica. Basta con ponerse a traducir los letreros que desde entonces lo adornan.

Su primer esbozo nació en 1942, oficialmente en la Junta de Gobierno de aquella pretendida Ciudad Universitaria, para erigir un arco de triunfo presidido por una estatua ecuestre de su caudillo, quien no iba a ser menos que Constantino o Napoleón. Pero se impu-

sieron las limitaciones presupuestarias, ya que había otras prioridades como el Valle de sus Caídos, hacia donde precisamente apunta el monumento como si se hubiese pretendido trazar un eje más en la Historia. En 1946 se volvió a promover tan necesaria obra “en honor del Generalísimo y del Ejército Español”, dando esta vez la Junta su luz verde, color que sí se podía mencionar.



Pero el dinamismo de aquella dictadura no consiguió terminar la obra, con toda su coreografía ornamental, hasta diez años después. Incluso se le metieron dos ascensores y su sala de exposiciones en la parte de arriba, que no se llegó a estrenar. Todo ello

a la espera de una inauguración que todavía está por llegar, aunque quien sabe.

En cuanto a la estatua ecuestre de Franco vestido de general, que estaba previsto instalar en la explanada frontal, no se quiso colocar allí y se destinó, en 1959, a su bien conocida ubicación frente al Ministerio de la Vivienda, desde donde tanto tardó en cabalgar.

Pero lo que realmente duele en este bodrio fascista son sus letreros. Quizás porque están escritos en latín, y nuestras actuales generaciones de eso ya nada, pasan muchos por allí sin sentir, repito, ese insulto que tiende a permanecer atado y bien atado. En el friso norte se evocan las virtudes militares, en el lado opuesto las disciplinas académicas y en un lateral aparece una

mujer sedente con una cruz en el pecho, como alegoría de cierta universidad católica que acoge a los que se acercan a ella. Total nada.

En el frontispicio que se orienta hacia la Ciudad Universitaria, la inscripción una vez traducida nos dice:

A LOS EJÉRCITOS AQUÍ VICTORIOSOS
LA INTELIGENCIA, QUE SIEMPRE ES VENCEDORA
DA Y DEDICA ESTE MONUMENTO.

Con dos medallones por abajo en numeración romana que incluyen los años 1936 y 1939, de comienzo y fin de su crucificadora cruzada. Quedando, para ellos, bien claro que fue su inteligencia quien aquí decidió, no sus generales.



2. El Arco de aquella victoria



En el frontispicio trasero, que mira a la ciudad, nos echan en cara que:

FUNDADA POR LA GENEROSIDAD DEL REY,
RESTAURADA POR EL CAUDILLO DE LOS ESPA-
ÑOLES, EL TEMPLO DE LOS ESTUDIOS MATRI-
TENSES FLORECIÓ BAJO LA MIRADA DE DIOS.

La palabra “caudillo” aparece en la piedra como “DUCE” que, aunque despista lo suyo, sabemos bien de donde viene. Y no iban tampoco a embarullar el texto aclarando que, si en algo se distinguió el sujeto, fue más por su ahínco en destruimos todo ese campus, que por restaurarlo. Por debajo aparecen los años 1927, fundación de una Ciudad Universitaria por el generoso Alfonso XIII, condenada aquí a ser templo y el año 1956, cuando se terminó el Arco. Sabían latín.

Para más INRI, si en este punto nos damos un instante la vuelta, veremos que en el letrero de la inmediata JVnta MVnicipal de Moncloa de este ajVntamiento, las letras “u” han sido sustituidas por uves bien victoriosas. La intención de homologarse con el Arco, por parte de ciertos responsables municipales, parece evidente.

Al monumento se le hizo, en 1987, una limpieza y restauración. En la actualidad su interior está abandonado y a veces alguien se cuela dentro. Es un ornamento de entrada a Madrid impresionante, a pesar de entorpecer el tráfico, y de noche su entorno sigue siendo aprovechado por algunos para el botellón.

Pero lo que aquí hoy nos preocupa es toda esta inamovible parafernalia franquista. Las dificultades para dignificar el lugar parecen ser mayores de lo que a estas alturas de democracia podíamos esperar. En 2004, ya ha llovido lo suyo, el Consejo de Dirección del Consorcio Urbanístico de la Ciudad Universitaria de Madrid, nada menos, junto con la Dirección General del Patrimonio de la Comunidad Autónoma de Madrid, por si fuera poco, adoptaron cambiarle el nombre al invento por el de “Arco de la Concordia”.

También propusieron cambiar las leyendas que lo acompañan y colocar un Monumento a la Concordia anexo al Arco. Poco después el Consorcio se reunió con la Delegación del Gobierno y parece ser que ahí se limitaron a hablar del botellón de los jóvenes, con los resultados que ya conocemos. Y mientras tanto los otros poderes, bien reaccionarios, riéndose de ellos, de nosotros y si hace falta hasta de su propio Arco.

El Grupo Municipal de Izquierda Unida en Madrid ya solicitó en su día al Ayuntamiento de la capital, a la Dirección del Patrimonio de la Comunidad y al Estado que iniciasen los trámites necesarios para cambiar el nombre del Arco de la Victoria. Pero la correlación de fuerzas y el desprecio hacia nuestra Historia, de tantas instituciones, se impusieron una vez más.

Triste es comprobar no solo lo que hay, sino la que nos puede caer ante esta situación política, social, económica y electoralista. ¿Está el horno para que quienes mandan se preocupen por estos bollos? Lo que sí está, y estará siempre claro, es esa máxima tan nuestra de que “para hacer una tortilla hay que romper huevos”. Y sin eso de momento parece que vamos a tener que tragar, entre otras cosas y para rato, victorias y latinajos insultantes como un mal menor ante la precariedad material con la que se nos amenaza.

Vicente GONZÁLEZ VICENTE